

# La mala educación sentimental

MANUEL VAZQUEZ MONTALBAN

Uno se ha planteado muchas veces por qué le cuesta tanto amar y en cambio es tan propenso a compadecer, incluso a autocompadecerse. Mientras la bioquímica no detecte la razón exacta de esta malformación sentimental habrá que buscar causas socioculturales y la llamada *guerra de los catecismos* viene en mi ayuda, junto al encuentro fortuito de una vieja edición de *Corazón*, de Edmundo D'Amicis. La inculcación de una jerarquía de valores es un instrumento clave de posesión de las conciencias, la Iglesia lo sabe de antiguo, desde aquella larga marcha hacia la hegemonía cultural que va desde las catacumbas hasta el reparto de los aparatos de estado: Los represivos físicos para el Emperador y los represivos culturales para la Iglesia. Perdida la infalibilidad de esa hegemonía a medida que ascendía una burguesía racionalista y programática, la Iglesia tuvo que aprender a hacer publicidad o propaganda en dura competencia con sus antagonistas y comprendió antes que nadie el papel de la educación como aparato ideológico que conforma la conciencia de arcilla de la infancia. El siglo XIX fue un escenario temporal privilegiado para esta lucha ideológica y en él crece un institucionalismo católico educativo de masas con el que la Iglesia pretendía hacer frente al desafío de la creciente culturización tanto de las minorías como de las mayorías.

También fue el siglo XIX espacio temporal proclive a la batalla de las ideas pedagógicas y a la aparición de modelos de conducta que guiaran el hipotético viaje del niño a la adultez. La provocación de el *Emilio* de Rousseau suscitó otros *emilios* conservadores, vaticanos, a la defensiva, que ofrecían un modelo de conducta avalador del eterno orden de las cosas, frente a la morbosidad crítica y librepensadora de la criatura del gran pecador ilustrado. *Corazón*, de D'Amicis, como *Flora*, de Marcela de San Juan, *oJuanito*, de Palavacini, o el más tardío *Jardín de Añoranzas*, de Mosca, son hábiles catecismos disfrazados de historia ejemplar de niños de ficción, utilizados como cobayas de una propuesta de moralidad y sentimentalidad. Y en todas estas obras hay un fomento del complejo de culpa como poder disuasorio interior de la violación del código. La sospecha de la inagotable capacidad de maldad que alberga cada ser humano si se convierte en clara conciencia es un silicio condicionante de todo quehacer.

Recupero una vieja edición de *Corazón*, el libro que me enseñó a compadecer y que me ofreció una perspectiva de la condición humana que a duras penas consiguieron compensar con el tiempo Sartre, Merleau Ponty, Marx, Antonio Machín, Georges Brassens, Quintero-León-Quiroga y la realidad. A los cultivadores de la ciencia ficción, que ensueñan un mundo futuro envuelto en el velo pardo de la contaminación, les propongo que vuelvan sus ojos a aquella literatura infantil que nos hizo tal como somos. Y se llevarán la sorpresa de otra contaminación, de un velo de sucia tristeza culpable interpuesto entre los hombres y su conducta. Y, sin embargo, debo admitir que soy un ciudadano casi irrecuperable, porque en su día me vendí *Corazón*, *Julio Véne*, *Marryat*, *Flora*, *Juanito* y otros libros de infancia para poder comprarme la trilogía *La lucha por la vida*, de Baroja, y ahora, más de veinticinco años después de esta liberación, he adquirido una vieja edición de *Corazón* con los ojos emocionados y una culpable sensación de reencuentro conmigo mismo.